

Una vez establecida esta premisa en torno a la generación del lenguaje, a la metalingüística a la que se alude en el título de la antología, la cuestión reside en realizar un juego intelectual que vaya completando el panorama desde esta perspectiva. Así encontraremos a poetas «En los márgenes y en la estela de las Generaciones del lenguaje» (Diego Jesús Jiménez, Antonio Hernández, Manuel Rico, Colinas, Carvajal, Siles, Andrés Sánchez Robayna, Clara Janés); o poetas que se sitúan en «La hegemonía de las Generaciones del Lenguaje», otro capítulo de reflexión sobre lo sucedido históricamente, ayudada la autora esta vez por el concepto de campo literario que presta atención sobre la importancia de las redes y los cambios frente a los conceptos reductores de antítesis enfrentadas; Aún así el capítulo subraya la importancia de la poesía de línea clara como la hegemónica en un momento dado. Si se establece que el lenguaje (y hasta ahora vimos a sus derivados) es el eje central de la reflexión de la autora, ahora veremos la antítesis a la preferencia del lenguaje, es decir, la «Deshumanización, humano, rehumanización» un tipo de poesía más atenta a lo «sentimental», por referirnos al segundo miembro del par presente en el título de la antología. Se examinan aquí poéticas como la de Luis García Montero, o la de Luis Alberto de Cuenca, pero siempre en una perspectiva que tiene en cuenta poéticas anteriores que contextualizan las obras literarias y el pensamiento poético de los autores analizados. Siguiendo la estela de la antítesis a la importancia del lenguaje, el último apartado de esta sección que llamamos Historia, termina en «Poéticas de la rehumanización: épica, sentimentalidad y poesía política» en ella se aborda la poesía de la «Otra sentimentalidad», la llamada «poesía de la reflexión». El recorrido histórico termina con un apartado dedicado a «Las fórmulas neobarrocas».

Quisiera subrayar dos aspectos del discurso de Marta Sanz Pastor, entre otras cosas para no quedarme en la descripción desnuda de los contenidos de su «Introducción».

El primer aspecto tiene que ver con el hecho de que su atención a los conceptos, y probablemente a la renovación de perspectivas con su utilización de la metodología que se basa en la aplicación de la teoría de la postmodernidad y de la sociología literaria de Pierre Bourdieu y de su concepto de campo literario, ya experi-

mentados y veteranos en otros ámbitos, le permite ofrecer una red de relaciones entre poetas que no son excluyentes, por eso algunos nombres aparecen en diferentes capítulos, de manera que se enriquece la visión sobre su poesía y, sobre todo, no se ofrecen conclusiones determinadas, determinantes sobre las obras de los poetas.

El tiento con el que se tratan las afirmaciones, con constantes matizaciones y aproximaciones poco dogmáticas define el segundo aspecto que quisiera subrayar, y determina que el texto deba leerse como una organización de redes complejas, tan complejas como las relaciones de los poetas entre sí, la importancia del concepto de evolución literaria en su creación. Puede que una situación histórica tan enrevesada como la de la poesía española de los últimos años no entre en una introducción de ochenta páginas, aunque sean de letra tan apretada como la que se ha elegido aquí, pero el intento ha merecido la pena por sus conclusiones, por mucho que algunas puedan discutirse: la visión plural de los novísimos, sin encorsetarlos en un único bloque, la pervivencia (sin ruptura) de la influencia de los novísimos (p. 60) y sobre todo la convicción de unir en una mirada envolvente a estéticas que parecen radicalmente distintas y así se muestran (esa metodología ya se realizó, creo que con éxito, con la lectura unitaria de los escritores que aparecían separados entre Generación del 98 y Modernistas).

Hemos visto que Marta Sanz Pastor cumple uno de los tópicos de los antólogos, a saber, la fascinación por los números treinta años, cincuenta poetas, lista tan extensa que debe mucho al afán pedagógico y también divulgador que anima a la selección presentada. Pero tampoco huye del segundo de los tópicos que se cumplen en las antologías: la mención de los excluidos. Aquí la nómina ofrecida es tan amplia (casi dos páginas completas) que lo único que esa lista afirma es el conocimiento profundo y amplio que la autora posee de la producción poética de los años estudiados.

Siguiendo nuestro particular camino por esa triple posición toca ahora retomar el tema de la «Lectura». Esta resulta ser también una antología comentada. Si la presentación de cada autor es breve (nombre, lugar y fecha de nacimiento; obra poética seleccionada) las notas al pie de cada poema, ya sea para contextualizar

la obra (o el poema dentro de la obra), como para anotar detalles concretos o aclarar lecturas, sirven para ofrecer información válida sobre los textos pero también para describir la poesía del autor, con lo que se convierten, a pesar de la incomodidad con la que se ha diseñado la sección y del pequeñísimo tipo de letra, en acertados modos de lectura de la poesía concreta, cercana al placer que produce el texto y alejada de la topificación y de la etiqueta reductora.

### Sobre una antología en la Crítica

La tercera antología de esta historia que vamos contando es la preparada por Araceli Iravedra, para la editorial Visor, que lleva por título *Poesía de la experiencia*. La llamo antología de la crítica, no sólo por seguir el tridente que el artículo de Miguel Casado ofrecía como forma de marear antologías, sino, porque también, y ésta resulta ser la razón fundamental, la experiencia crítica resulta fundamental en la antología.

Desde el título queda claro que se pretende establecer un territorio claro en la expresión poética española (y en esto funciona, al final, como la antología publicada por *Hofstra Review*), y lo deja claro en el título, sino porque en el fondo (y debo decir en primer lugar: «Yo pecador»), porque la figura de la Crítica y de la crítica ocupa un lugar destacado en la creación de la antología. El prólogo, o «palabras de familia gastadas tibiamente. (Notas para la historia de un paradigma lírico)», deja claro que la reflexión histórica y crítica, mantiene un pulso importante con la palabra poética. Las 175 páginas de la introducción acompañan, sirven o rivalizan de manera evidente con las restantes 254 de antología. Queda la evidencia de que la reflexión histórica resulta muy importante en esta antología. La autora quiere realizar una Historia de un movimiento clave de la reciente historia de la poesía lírica española, y después también una antología, bajo el título de «Poesía de la experiencia».

Confesaré en primer lugar, que he realizado una agradable lectura de esta introducción, y es que la claridad expositiva gana al lector –siempre se trata de un lector interesado– y la profundidad

del juicio en la definición de este movimiento poético, que, confesaré sin pudor, me ha acompañado en muchas ocasiones.

El prólogo trata de realizar una historia del movimiento poético, sí, pero la presencia de la crítica es abrumadora. Araceli Iravedra ha creado un denso tapiz en el que se muestra la última historia crítica de la poesía de la experiencia.

La nota de la contraportada avisa de lo que puede encontrarse en esta antología. «Tal vez ya contemos con la distancia precisa para contemplar la poesía de la experiencia con la debida serenidad». Y eso es lo que se hace en este importante prólogo: Historia de la poesía de la experiencia, de su desarrollo, de la crítica que se ha aunado en su contra. Araceli Iravedra ha realizado un exhaustivo estudio de lo que significa «poesía de experiencia». El estudio introductorio, desde su comienzo, no elude algunos de los problemas que el membrete y su historia han concitado.

En primer lugar, la antóloga realiza una pequeña historia de la constatación del nacimiento de una nueva estética poética. Bajo el membrete de rehumanización de los temas de la poesía, diversas antologías, entre las que se encuentran las de García Martín y Luis Antonio de Villena, van definiendo el perfil de un movimiento poético que desde un principio se observa plural y que recibe distintos nombres, que poco a poco van unificándose bajo el rótulo de poesía de la experiencia, con el año 1992 como el punto culminante de su momento áureo. En segundo lugar, se atiende a la pertinencia del membrete que define a poetas de ambiente realista, figurativo, que han sido llamados de distinta forma. El tercer apartado, y el más extenso de la introducción, atiende a las características fundamentales que pueden verse en el movimiento, con una introducción sobre la recepción de la obra de Lagbaum: *The Poetry of experience*, y su conocimiento a través de la obra de Gil de Biedma con su relectura y aplicación no del todo exacta de la utilización del monólogo dramático. A partir de este momento se examinan las características de la particular estética; a saber, la ficción autobiográfica, el pacto realista (el simulacro de la experiencia real), la complicidad con el lector, la normalidad de la expresión poética, la utilidad de la poesía, la figuración irónica, la iconografía de la realidad y el locus urbano, el acercamiento a aspectos estilísticos de la postmodernidad, el estudio de las tradiciones

poéticas presentes en las poéticas de los poetas representados en la estética estudiada. Son características ya conocidas y estudiadas. Lo que distingue el enfoque de Araleci Iravedra se encuentra en su afán totalizador, y en la cita de los autores, poetas que reflexionan, de manera profunda, sobre los temas mencionados, de manera que traer a primer plano las voces de los poetas enriquece el análisis y lo aleja de la mera mención. La opinión de los críticos viene en segundo lugar y añade profundidad al esquema general de descripción de una realidad.

Pero la introducción aborda también aspectos del debate que ha producido –queriéndolo o no– la deriva histórica de la poesía de la experiencia. Ya desde 1994, se produce una polarización, a mi modo de ver injusta, que plantea una división excesivamente maniquea de la situación de la poesía en España: la experiencia acusada de inane, de leve, de trivial, de conservadora –crítica que concita la postmodernidad en general–, de hegemónica, de ser «siempre lo mismo» –crítica que se dirige de manera más cabal a las formas epígonas–, frente a poéticas de la diferencia, de la experimentación, del compromiso. La antóloga historia de manera coherente los pasos que se dan en la respuesta de los aludidos, sobre todo en la pluma de Benítez Reyes. Y la propuesta de la historia termina con la mención a la autocrítica que se ha producido en algunas obras de la corriente, y con la anotación de nuevas propuestas de evolución y profundización que ofrece en su estética la poesía de la experiencia.

Nos encontramos ante una muy útil y completa sistematización del fenómeno, con una mirada aguda, profunda, que mira hacia el fondo del proceso, pero también a los lados, de manera que se ofrece un paisaje amplio del fenómeno y de su historia.

Desde luego, que pueden hacerse algunas observaciones a temas puntuales que quedan, en mi opinión no del todo aclarados. El primero y más importante se refiere al tema de la situación postmoderna o no de la corriente, cuando algunos presupuestos son claramente modernos, si bien las características estilísticas pueden considerarse postmodernas. Ahí existe un problema de conciliación entre fondo y forma que podría haberse matizado de forma más clara, aunque, desde luego, la cita de Juan Oleza ofrece una salida, al describir una síntesis de contrarios. En segundo lugar,

algunos de los radicales, marginados y heterodoxos entran en discusión con los planteamientos estéticos de la poesía de la experiencia, pero otros poetas parecen dirigirse, en consonancia con una opción creativa diferente, por otros derroteros, sin entrar en la polémica que ocupó a buena parte de los poetas españoles. En tercer lugar, este lector siente la falta de poetas importantes de la experiencia –abundantemente citados en las dedicatorias de los poemas antologados– que crean en otra lengua y que aportaron su visión de la estética que nos ocupa y como sabe cualquiera que haya seguido su historia han tenido una importancia real en la concreción de la corriente estética. Lamento la ausencia de los poetas catalanes Joan Margartit o Alex Susanna, como también la del gallego Ramiro Fonte, o, quizás menos conocido, el poeta vasco Felipe Juaristi, tal como lo hizo el antólogo gallego Luciano Rodríguez.

Diez son los poetas antologados y en su ordenación cronológica se encuentra centro y periferia, poetas consagrados y menos conocidos, seniors y jóvenes, ordenados por su fecha de nacimiento siendo el primero Álvaro Salvador (1950) y el último Vicente Gallego (1963). Debe subrayarse que, si bien la introducción había trabajado con el perfil del grupo, antes de la presentación de los poemas cada uno de los poetas seleccionados la responsable de la edición ha incluido una presentación personal, que subraya el carácter plural y cambiante, diferenciado en cada voz personal de la poesía de la experiencia, de la que en un momento de la introducción de dice:

«La poesía de la experiencia integra al cabo varias líneas, con su tradiciones diferentes y sus posiciones ideológicas muy distantes entre sí»